

Romano De Marco

DESAPARECIDA

algaida
INTEI

Título original: *Io la troverò. La serie Nero a Milano*

Primera edición: 2015

© Romano De Marco, 2014

Published by arrangement with Loredana Rotundo Literary Agency-Italy

© traducción: Patricia Orts, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9067-335-5

Depósito legal: Se. 1265-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	11
Primera parte. LA OSCURIDAD	17
Segunda parte. LA CAZA	179
Epílogo	379
Agradecimientos	385

A Giovanna De Angelis

PRÓLOGO

Marco Tanzi. Milán, hace diez años

COMO UN CRIMINAL ENLOQUECIDO, ATRAVIESO A TODA velocidad las calles congestionadas por el tráfico, como si fuera un personaje de *Grand Theft Auto*. En lugar de la pantalla de plasma, el parabrisas del coche patrulla. En lugar de la palanca de mando, el volante; tengo los nudillos blancos de tanto apretarlo. Unas gotas de sudor resbalan por mis sienes y siento que me pulsa la yugular, porque mi corazón late acelerado. He dejado de contar los semáforos en rojo, los bocinazos y los gestos terribles de las personas a quienes cierro el paso.

—Marco, soy Lucas —chilla una voz en mi radio portátil—, dame la posición.

—Calle Turati —contesto—. En tres minutos estoy ahí.

—No hagas gilipolleces, Marco —dice mi colega tratando de aplacarme—. Espera a la patrulla, llegará en diez minutos como mucho, y yo también estoy al caer.

—¡Diez minutos son demasiado, lo sabes de sobra!

—Marco, si han llegado ya no puedes intervenir solo... ¡Espera a la patrulla, Cristo!

—Te vuelvo a llamar en cuanto llegue, corto.

Imagino a Luca imprecando con los dientes apretados mientras trata de abrirse paso en el tráfico de la hora punta con su coche familiar, un Fiat de color verde metalizado, que se acaba de comprar. Se estará maldiciendo por haberme hecho escuchar la grabación de la llamada telefónica de Tong, nuestro informador. Es un joven de veintiocho años, que desembarcó en Italia cuando apenas tenía quince. De Shanghái a Nápoles apretujado en la bodega de un barco con un centenar de connacionales. Luego, sin tiempo siquiera para ver de nuevo la luz del sol, lo trasladaron a la provincia de Teramo en el interior de un contenedor. Destino: el sótano de una casa de campo donde, en compañía de veinte desgraciados más, se dedicó a confeccionar bolsos durante más de seis años. El tiempo que le llevó reunir la suma que necesitaba para recuperar el pasaporte y pagar un viaje por Italia, incluido el interés compuesto del treinta por ciento anual que le aplicaron sus verdugos. Cuando, por fin, pudo liberarse, se instaló en Milán, donde encontró trabajo en un restaurante oriental muy frecuentado, sobre todo por la mala vida. Lo enganché hace seis meses y lo convencí de que nos pasara información a cambio de regularizar su permiso de residencia y el de Yee Ling, su novia, que trabaja de pinche en el mismo local. Aceptó, porque gracias a ello pudieron casarse.

Hace unas semanas, empezó a pasarnos información sobre los desplazamientos de una banda de armenios que

tiene la intención de sustituir a los albaneses en un asunto de prostitución de menores y tráfico de éxtasis. Hace media hora Luca Betti, mi colega en la Anticrimen, recibió una llamada desde el móvil de Tong. Pero no era su voz, sino la de otro tipo. Alguien con fuerte acento extranjero.

—Hola, madero. Tengo noticias de tu amigo el chino. Quiere despedirse de sus amigos policías antes de marcharse.

—¿Quién coño eres? —contestó Luca—. ¡No hagas gilipollices o acabarás metido en la mierda hasta el cuello!

—Tu amigo está metido en la mierda. En este momento está atado a un palo. Lo hemos rodeado de mantas viejas y las hemos rociado de gasolina. Ahora se despedirá de ti y luego partirá. Rumbo al infierno...

—Luca... Luca —gritó Tong al teléfono—. Yee Ling y el niño... Yee Ling y el niño, ¡salvadlos!

—¿Dónde estás, Tong? ¡Dime dónde estás, coño!

Pero la única respuesta fue un grito espantoso y prolongado, acompañado del crepitar de las llamas. El grito de terror de un hombre que se está quemando vivo.

La calle Panfilo Castaldi es una especie de zona interracial que une la avenida Buenos Aires con la plaza de la Repubblica. Restaurantes de todas las etnias posibles, tiendas donde se puede encontrar desde artesanía africana a discos de vinilo, pasando por los cómics raros y por viejos VHS de colección. De día es un sitio divertido, envuelto en aroma a especias. De noche es un campo de batalla, el punto de referencia de, al menos, una decena de bandas criminales de varias nacionalidades, que gestionan sus

sucios negocios de seres humanos y sustancias prohibidas en las trastiendas de pequeños bazares o de sórdidas tiendas de comestibles. Ahí viven Tong y Yee Ling con Tony, su hijo de tres meses. En una habitación situada en el altílo de una peluquería perteneciente a una familia de árabes, que administra también un kebab a un par de manzanas de distancia.

Aparco subiendo dos ruedas a la acera, me apeo al vuelo, sin quitar siquiera las llaves y empuñando la Beretta hacia abajo con las dos manos, con la bala en el cañón. Doy una vuelta completa sobre mí mismo buscando un palo, o a alguien esperando en un medio de transporte, listo para escapar. Pero no veo nada.

Me guardo muy mucho de tocar el timbre que hay a un lado de la puerta desquiciada, junto al escaparate de la tienda. En la placa de plástico aparece escrito con rotulador «Familia Leung». Esas dos palabras cuentan el orgullo de Tong, la satisfacción de poder declarar por fin que vive en una casa, que realiza un trabajo honesto, que ha formado una familia. Que existe, en resumen.

Tong era un buen chico. La culpa de que haya acabado sus días de una forma tan espantosa es mía. Yo lo chantajeé deslumbrándolo con los permisos de residencia, como si fueran un espejismo. Pero ahora debo mantener la lucidez, debo concentrarme en mi objetivo, que consiste en salvar la vida de su mujer y su hijo. No debo hundirme, a menos que quiera que mis posibilidades de supervivencia se reduzcan de forma exponencial.

Estoy preparado para forzar la puerta, pero no es necesario: está entreabierta.

La abro del todo con un pie, me hago a un lado y apunto el arma hacia la escalera empinada. No hay nadie. En lo alto de la rampa la puerta está entornada, en la habitación la luz está encendida. Deduzco que algo no va bien. Por unos segundos sopeso la posibilidad de esperar a los refuerzos, pero al final subo como un rayo la escalera, agrediendo los peldaños de dos en dos, con la pistola lista para vomitar los quince proyectiles de calibre nueve. Una descarga de adrenalina me hace creer que estoy preparado para lo que haya detrás de la puerta entreabierta, sea lo que sea. Obviamente, estoy equivocado.

Yee Ling yace en el suelo, desnuda. Tiene el cuerpo cubierto de sangre, lleno de heridas y quemaduras. Las piernas abiertas en una pose obscena. Un objeto dentro de la vagina, a primera vista el mango roto de una escoba.

Alzo la mirada y mis piernas tiemblan. Todo se ofusca, tengo que apoyarme en el fregadero de la cocina para absorber el impacto de algo que ningún ojo debería ver nunca.

Tony, el niño. El pequeño de tres meses, desnudo, sin vida, expuesto como una grotesca mariposa sin alas, con los brazos y las piernas abiertos. Sus ojos también están abiertos, y su cuerpecito tiene huellas de haber sido torturado de una forma terrible.

Esos canallas lo han clavado en la pared.

Primera parte

LA OSCURIDAD

UNO

Vicecomisario Luca Betti. Milán, 23.30 horas. Hoy

LA ÚLTIMA VEZ LO VIERON AQUÍ, BAJO LOS PÓRTICOS de la calle Vittor Pisani, justo delante de la estación central. Según parece, estaba durmiendo en un saco de dormir mugriento, dentro de una caja de cartón. Me lo contó Leonardi, el de la Antivicio, hará unos seis o siete meses. Recuerdo su mirada complacida, quizá pensaba que me gustaría saberlo. Saber que mi ex mejor amigo había acabado en el infierno.

—Adivina a quién pillé anoche durmiendo en la calle como un mendigo. A tu antiguo colega. Lo reconocí por casualidad, había salido a beber algo con dos amigos y volvíamos al coche bromeando en voz alta. De repente, ese *barbùn*¹ se despertó y nos miró. Nuestros ojos se cruzaron un segundo y lo reconocí enseguida. Azules, inconfundibles y, sin embargo, con la misma expresión de cana-

¹ En dialecto lombardo, «mendigo», «vagabundo». (N. de la T.).

lla. El resto no tenía nada que ver... Pelo largo y barba, vestido con unos harapos sucios y apestosos. Y pensar que erais la mejor pareja de policías de Milán...

Luego añadió más detalles. Lo escuché en silencio y cuando terminó me impuse, como hago desde hace ya varios años, olvidarlo todo. Ésa ha sido mi estrategia, mi ancla de salvación. La que me ha consentido mantener unidos los pedazos de mi vida. Olvidar. Todo.

Me acerco a los desesperados que yacen en el suelo, rodeados de las bolsas de plástico en las que llevan sus escasos efectos personales, que guardan como si fueran tesoros inestimables. Sacudo a un par con el pie para obligarlos a volverse hacia mí. Me miran, gruñen, uno lanza una imprecación y me hace un gesto horrible. Pero ninguno de ellos es el hombre que estoy buscando.

Debería haber comprendido que no volvería a frecuentar esta zona después de haber sido reconocido por un viejo colega. «La mejor pareja de policías de Milán...», pero él fue siempre el más despabilado. Yo era su mano derecha, igual que en el caso de Borgonovo y Baggio, o de Robin y Batman.

Tengo que cambiar de táctica, utilizar un método de búsqueda más convencional. Dado que he nacido sin grandes dotes, he de aprovechar lo que tengo. Me pregunto por qué demonios lo estoy haciendo. No le debo nada, no tiene ningún crédito que reclamarme. A lo sumo, es él quien tiene una deuda inextinguible con este servidor. Mañana empezaré a visitar los asilos con su foto, quizá pida a Castaldi, el de la Científica, que la retoque con el ordenador, con ese programa que te pega barba, bigote y,

si es necesario, te avejenta incluso diez años. Sí, eso haré. Mañana.

Dos días más tarde sigo buscando. Ayer, en Cáritas de la calle Novara había una joven que servía té caliente y que estaba casi segura de haberlo reconocido en la fotografía retocada. Aseguraba que frecuentaba el dormitorio con cierta regularidad entre enero y febrero: el periodo en que las temperaturas nocturnas alcanzaron los diez grados bajo cero. Según parece, desapareció de improvviso, de un día para otro. La chica, que se llama Agnese, me contó que de día trabaja como periodista, que le gustan los gatos y que es originaria de Chieti. Se acordaba de él por los ojos azules y también porque un día la había defendido de un tipo que la estaba molestando. Con el debido respeto por el voluntariado, no soportaría que mi mujer o mi hija frecuentaran un lugar semejante. Preferiría acompañarlas todas las noches, no les permitiría que fueran solas, ¡de ninguna manera! En cualquier caso, Agnese me dijo también que, a duras penas, pudo charlar un poco con él. Según dijo le había contado que, antes de ir al asilo, tenía su base nocturna al aire libre, en el parque Solari, en la zona de los Navigli. Lo buscaré en esa zona. No lo hago por él, me importa un comino que esté en ese estado. Todo lo que hubo entre nosotros, la amistad, el vínculo fraternal, la estima, pertenece ya al pasado. Se ha desvanecido en la nada, está olvidado. Lo hago por Giulia. Y para demostrarme, una vez más, que soy mejor hombre que él.

Esta zona da asco. Hay decenas de personas durmiendo al aire libre, escondidas entre los arbustos, tumba-

das en los bancos, cubiertas por montañas de cartones para protegerse del frío. Tengo que moverme de noche, durante el día es poco menos que imposible localizar a esta gente. Se mueven continuamente, se esconden, logran confundirse con la degradación urbana, pasar desapercibidos. De noche, en cambio, resultan más vulnerables, más visibles. Necesitan puntos de referencia y el parque Solari es uno de ellos. Interrogo a siete y les enseño la foto, pero ninguno de ellos me sirve de ayuda. Me adentro en un área no iluminada, atraído por el tenue resplandor de un hornillo de gas. Noto con un segundo de retraso que algo va mal. Alguien se mueve detrás de mí, me vuelvo de golpe y los veo. Son tres y me rodean formando un semicírculo. Sombras sin rostro, oscurecidas por la luz de la farola que hay a varios metros a sus espaldas.

—Suelta la pasta —dice el que está en el centro—, el dinero, capullo, dánoslo todo. Y también el impermeable y el reloj. Y los zapatos.

El tipo alza el brazo, me enseña una botella rota y la agita a la altura de mi cara. Ahora lo veo mejor. Tendrá unos sesenta años, viste una chaqueta mimética roñosa, unos pantalones militares y unas botas de cordones. Tiene la cara llena de manchas oscuras y barba de varios días. Los otros dos se parecen a él, sólo que dan la impresión de ser más jóvenes. Unos cuarenta años, como mucho. Uno empuña una navaja, el otro un bastón.

Me quedo inmóvil, mirándolo, a la vez que, con el rabillo del ojo, no pierdo de vista a los otros dos.

Él da un paso hacia mí, agitando la botella bajo mi nariz. Levanto las manos como si estuviera asustado, aun-

que lo cierto es que no debo esforzarme mucho para fingir.

—Eh, calma, calma, no quiero problemas... os daré todo lo que queráis. ¿La cartera? Dejadme que la coja, la tengo en el bolsillo... —Pongo la mano derecha a la espalda, y extendiendo la izquierda hacia delante, como si quisiera mantenerlos a distancia. Saco la Beretta y apunto a la cara del dueño de la chaqueta mimética, que parece el jefe. El tipo se queda petrificado y retrocede medio paso vacilante. Desvió la mirada hacia el de la navaja.

—¡Tírala al suelo, enseguida!

Obedece. Cuando me dispongo a hacer lo mismo con su compadre el tipo se me adelanta. Siento un dolor fulminante en la mano, que acaba de recibir un bastonazo, y la pistola cae al suelo.

Me agacho enseguida para cogerla, pero se abalanzan sobre mí en un santiamén. El viejo apesta como una cabra y sus amigos no se quedan a la zaga. Me acribillan a puñetazos y patadas mientras una mano me registra, buscando la cartera. Paso al contrataque.

Doy un cabezazo a la nariz del viejo, que se tapa la cara con las dos manos y grita como una hiena herida. Doble la pierna, apunto hacia el esternón del dueño de la navaja y la extendiendo con todas mis fuerzas, haciéndolo caer y rodar por el barro un par de metros. Pero el tercer indeseable, para variar, me tira al suelo con todo su peso, al menos un quintal, y me inmoviliza clavándome una rodilla en el pecho. Entretanto, sus dos amigos se recuperan y se abalanzan de nuevo sobre mí. Pero eso no es todo, el viejo empuña también mi pistola y me apunta con ella.

—Ahora te mataremos como a un perro, ¡madero de mierda! Pero antes te haremos el pequeño servicio...

De improviso, la luz de la farola se oscurece a lo lejos.

Una figura enorme se precipita hacia nosotros, una especie de gigante sin rostro. Sólo distingo una maraña de pelo y una barba larga. El hombre coge por los hombros al que me está aplastando el esternón y lo levanta como si fuera una pluma. Luego da una patada en el estómago al otro tipo, que se lleva las manos a la barriga y tira un chorro de vómito que, por suerte, apenas me roza. Ruedo sobre mí mismo y me levanto. Veo que el viejo está apuntando la pistola reglamentaria a la cara del gigante.

—¡Se acabaron las fanfarronadas! —le grita—. ¡Te voy a matar como a un perro! ¿Me entiendes?

Por toda respuesta, el gigante se aproxima a él. El viejo dispara. En vano, porque no la había cargado. Con un ademán rápido, el gigante le arranca la pistola de las manos y luego le da un golpe en la frente con la culata de la Beretta. El viejo se lleva las manos a la cabeza y se desploma, lloriqueando y aovillándose. Sus amigos escapan en direcciones opuestas, señal de que han tenido más que suficiente.

—La pistola —digo, tendiendo la mano a mi salvador—, dame la pistola. Soy policía...

Él se acerca a mí, moviéndose hacia una zona un poco más iluminada. Sólo entonces puedo verle bien la cara. Y reconocer los inconfundibles ojos azules.

—Marco, ¿eres tú?

Me pasa el arma.

La aferro de forma mecánica, sin dejar de escrutarlo.

—Este sitio no es muy recomendable de noche, vete.

—Yo... estoy aquí... Te estaba buscando. Ha sucedido algo. Algo que debes saber.

—No debo saber nada. No me importa nada. Déjame en paz y no vuelvas.

Se da media vuelta y echa a andar dejándome plantado como un idiota, con la pistola en la mano, la ropa desgarrada y sangrando por la nariz.

—¡Giulia! —grito a su espalda—. Se trata de Giulia. Tu hija. Desapareció hace una semana, nadie sabe dónde está.

Se detiene, como petrificado, sin volverse. Permanecemos inmóviles, haciendo caso omiso del viejo de la chaqueta mimética, que se arrastra unos metros, se pone de pie y echa a correr como alma que lleva el diablo. Marco inclina la cabeza. Luego la alza de nuevo.

—Me da igual. Déjame en paz y no vuelvas nunca más.

Se marcha, vuelve a las tinieblas de las que ha emergido para salvarme, una vez más, el pellejo. No sé si lo odio más por esto o por que sea capaz de recibir con indiferencia una noticia como la que le acabo de comunicar. A decir verdad, no sé si lo odio de verdad.